

ETERNIDAD

Manuel A. García Iglesias
basado en un relato de
Ricardo Menéndez Salmón



CARTEM CÓMICS

Director editorial: Daniel Díez

Revisión y corrección de textos: Elena Hernández

Maquetación: Antonio de Diego

Rotulación: Germán Armpiee

© del guion e ilustraciones: Manuel García Iglesias, 2023

© del prólogo: Ricardo Menéndez Salmón, 2023

© de esta edición: Cartem Comics, S.L., 2025

Basado en el relato homónimo de Ricardo Menéndez Salmón,
publicado en *El Norte de los Libros*, Gremio de Editores de Asturias,
nº 7. Gijón: 2003.

Todos los derechos reservados.

ISBN 978-84-129873-1-7

D.L. S 44-2025

El contenido de este libro no puede ser reproducido ni total ni
parcialmente por ningún medio visual o escrito sin la autorización de
sus autores y editor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la
autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

¿Quieres ser el primero en saberlo TODO sobre nuestros lanzamientos,
presentaciones, ferias,... y estar al día de las noticias relacionadas con
cARTEm Comics?

Escanea este código QR y regístrate en nuestra web.



C/ Valencia, 36. 37005 Salamanca

info@cartemcomics.com

www.cartemcomics.com

También puede ver nuestras ediciones en redes sociales:

www.facebook.com/cartemcomics

www.twitter.com/cartemcomics

www.instagram.com/cartemcomics

[www.youtube.com/Cartem Comics](https://www.youtube.com/CartemComics)



Eternidad es un cómic basado en el relato homónimo de Ricardo Menéndez Salmón, publicado en el año 2005 en el volumen *Los caballos azules*, editado por Trea y galardonado con el Premio de la Crítica de Asturias y con el Premio Internacional de Cuentos Juan Rulfo.

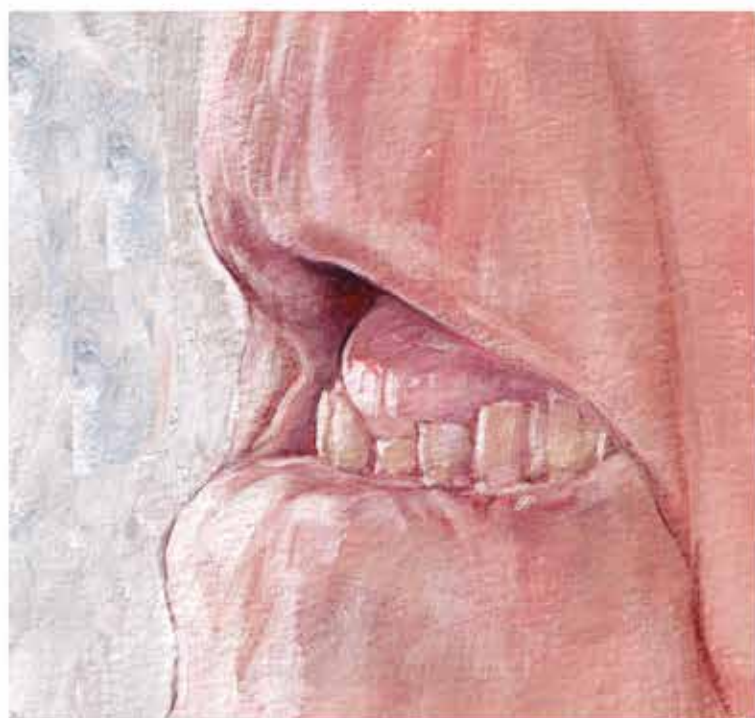
La reflexión en torno a la que *Eternidad* se vertebra constituye un lugar común del imaginario del siglo veinte, una pregunta de raíz paradójica que puede enunciarse así: ¿cómo es posible que Alemania, país que prohió las más fecundas manifestaciones de la cultura y el espíritu humano, entre ellas en lugar relevante la música, inspirara al mismo tiempo las grandes hecatombes de la época y sus más profundas vergüenzas, con el nacionalsocialismo como bandera ideológica? El intento por satisfacer esta pregunta se organiza a través de una historia donde belleza y horror se tienden la mano en uno de los escenarios por antonomasia de la Segunda Guerra Mundial: la contienda germano-soviética. Dicha antinomia se articula en torno a una imagen peculiar: la de trece caballos escuchando a Schubert en el invierno ruso, en interpretación de una orquesta de militares nazis abocados a la titanomaquia de Stalingrado.

En efecto, el protagonismo de *Eternidad* es compartido por hombres y animales, en concreto por una compañía hipomóvil al mando de un oficial melómano y cruel, que integra en su personalidad las dos caras de la condición humana, el eterno conflicto entre Jekyll y Hyde. El poder simbólico del caballo entronca aquí con resonancias de carácter histórico que se han convertido en símbolos del mal, cifrables en la existencia en la misma sociedad de la llamada alta cultura con los más abyectos rasgos de demencia, en la convivencia del gestor de la muerte y el gestor de la belleza en una simbiosis que alcanza su expresión canónica en los campos de concentración, tal y como Borges reflejó en *Deutsches Requiem* y en el personaje de Otto Dietrich zur Linde.

Así, del mismo modo que el caballo no soporta en *Eternidad* la mera etiqueta de la animalidad, su concepción grosera como simple bestia de carga o transporte, el hombre capaz de interpretar un cuarteto de cuerda exquisito en mitad del más cruel de los paisajes está desprovisto (o desproveyéndose) de humanidad. *Eternidad* persigue mostrar, mediante la síntesis de texto e imagen, una comunión entre hombres y caballos apremiada por la condición trágica de la existencia. Si los hombres han aprendido a convertir la fatalidad del tiempo en una arquitectura de música y ritmo, los caballos han descubierto que el forraje del tiempo se rumia mejor convertido en belleza. Claro que esa ósmosis entre humanidad y animalidad a través de la cultura es demasiado densa para durar, está demasiado expuesta a su propia y urgente abolición. El accidente que clausura el cómic, el sepulcro de hielo que se cierra sobre los protagonistas de *Eternidad*, no es otra cosa que el museo vivo de la Historia, el texto blanco, la imagen vacía, que a todos niega y borra por igual.







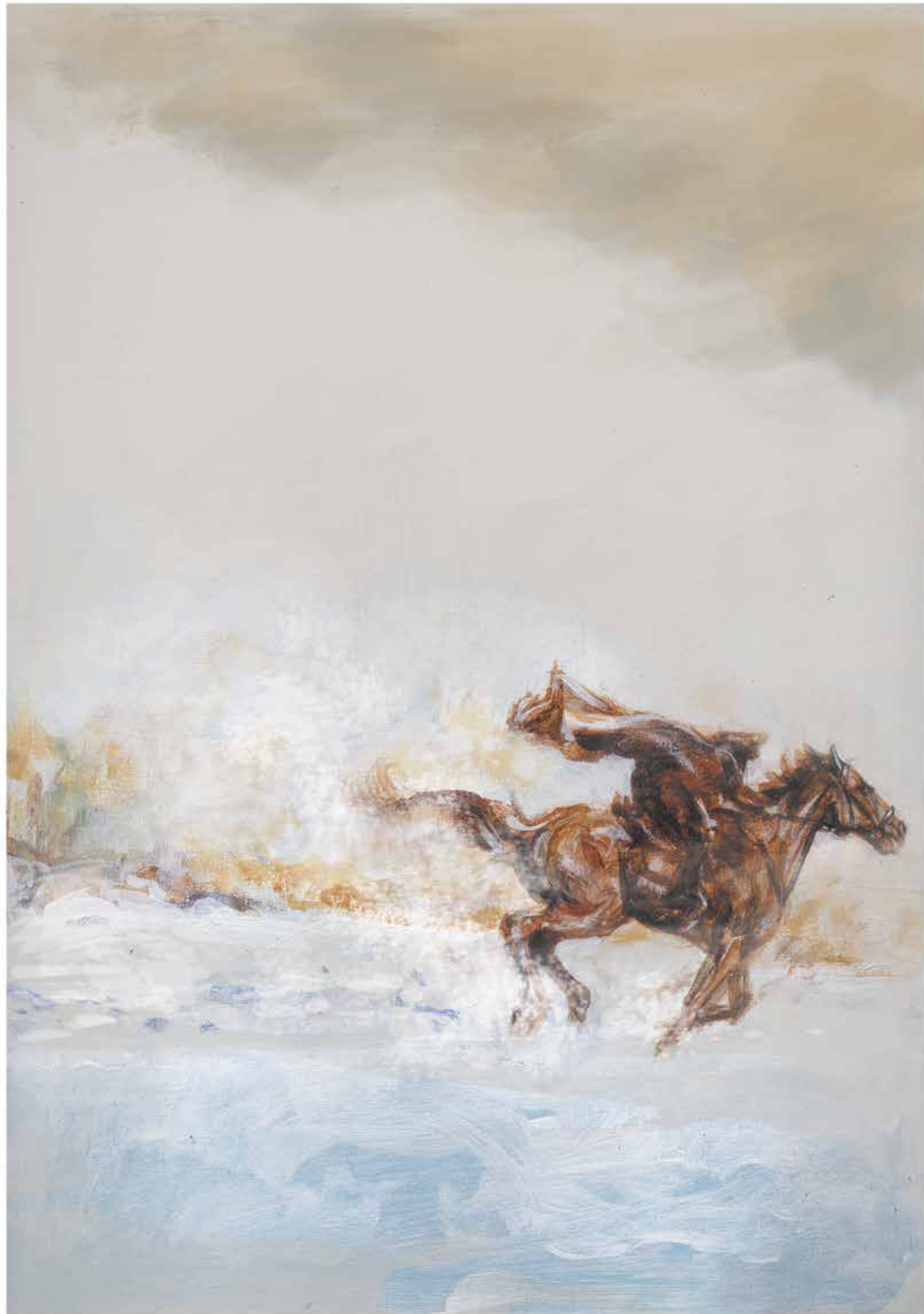












Rusia es grande,
dice Manuel.



MUY
GRANDE.



Tan grande, que en ella cualquier locura
encuentra cabida.





Se llamaba Baumann.
Era teniente.



A su cargo, en medio de aquella inmensidad, en medio de aquella locura,
la compañía hipomóvil de la División Azul: cuarenta jinetes
españoles a la vanguardia del ejército alemán.



Baumann era una paradoja viva.



Un hombre capaz de embelesarse
con un madrigal de Monteverdi.



Un hombre al que le gustaba rebanarle las orejas a los
campesinos que escondían el grano.



Baumann
era Alemania.



Era cielo y tierra sin
transición posible.

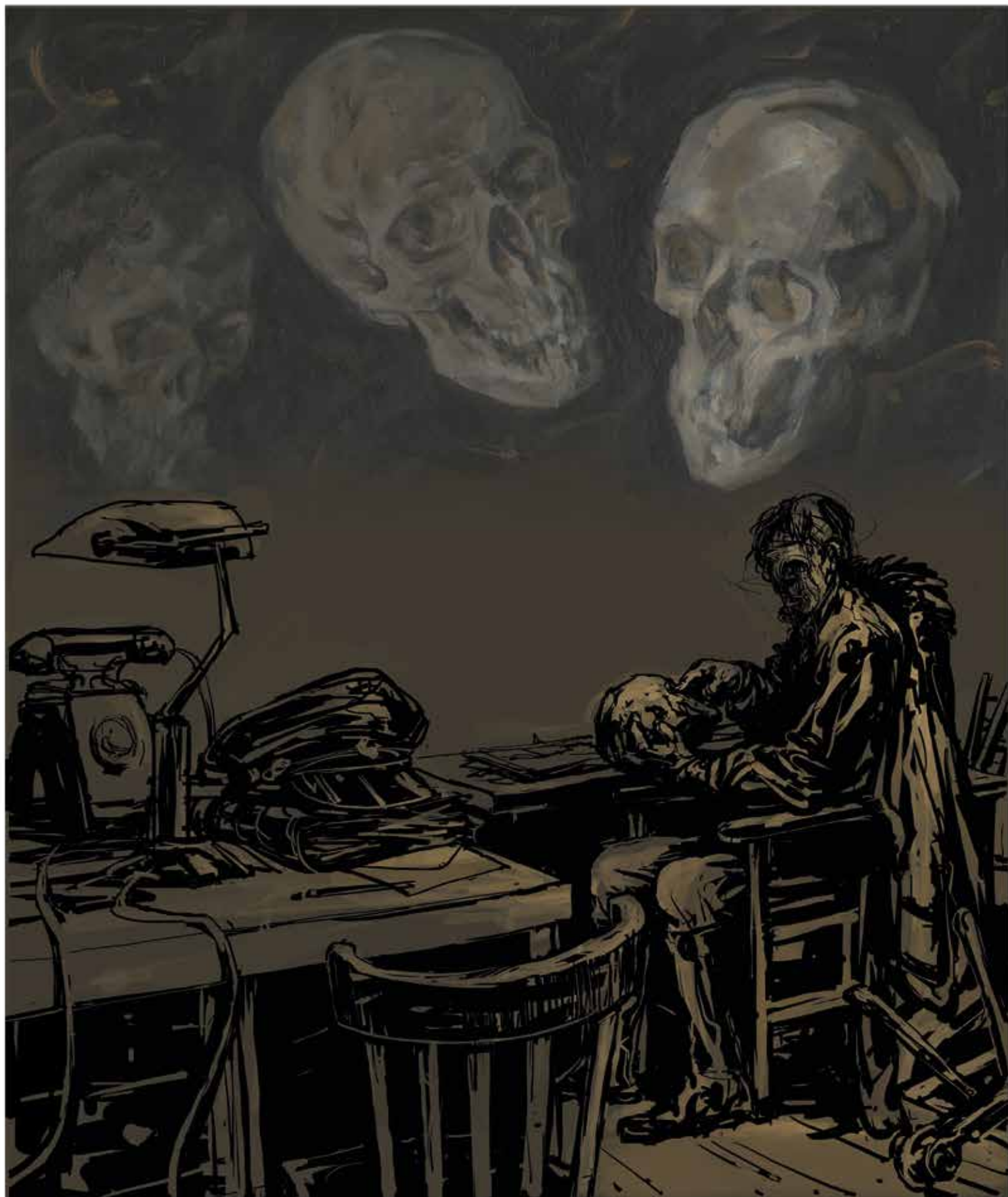


Era la música de las esferas y el tiro en la nuca.



Era lo sublime y lo infame.



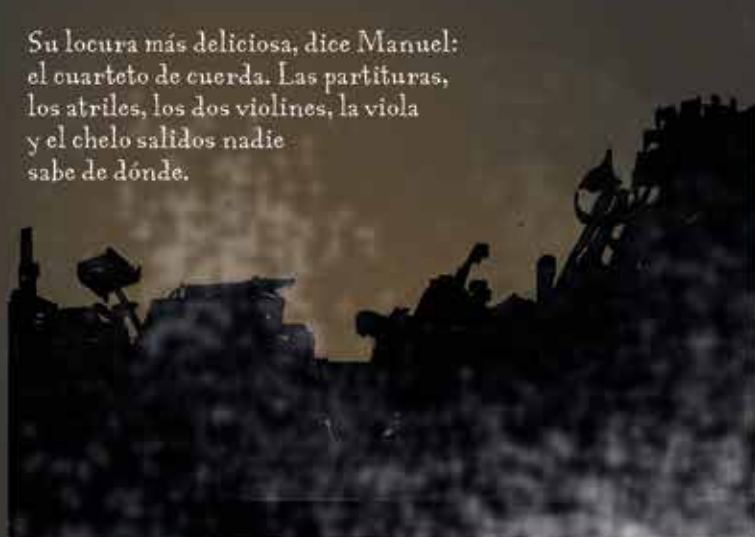


Era un ángel en
un matadero.





Su locura más deliciosa, dice Manuel:
el cuarteto de cuerda. Las partituras,
los atriles, los dos violines, la viola
y el chelo salidos nadie
sabe de dónde.



Afuera de Kiev, Ucrania,
25 de diciembre de 1941.



Aquella noche de Navidad, en el enorme barracón
de intendencia el cuarteto de Baumann interpreta
La muerte y la doncella, de Schubert.





Y DE PRONTO, EL CABALLO.



Al inicio del segundo movimiento, durante el andante, dice Manuel, un caballo se planta entre intérpretes y público, y allí erguido, sereno como una roca, permanece absorto mientras un puñado de almas piensa en el parte de víctimas o en la última carta recibida desde Alemania.



Y DE PRONTO, LOS CABALLOS.



Porque durante la interpretación del scherzo, dice Manuel, mientras él mismo tocaba su chelo, una docena de sombras gemelas a la del primer caballo irrumpen en el barracón, hurtando al público la vista del cuarteto.



Eso es, dice Manuel: la inmensidad de Rusia, la locura de los hombres, su amor por la belleza.



Y los animales.



El prodigio de la compañía hipomóvil de la División Azul y sus caballos melómanos.



QUÉ
MISTERIO.

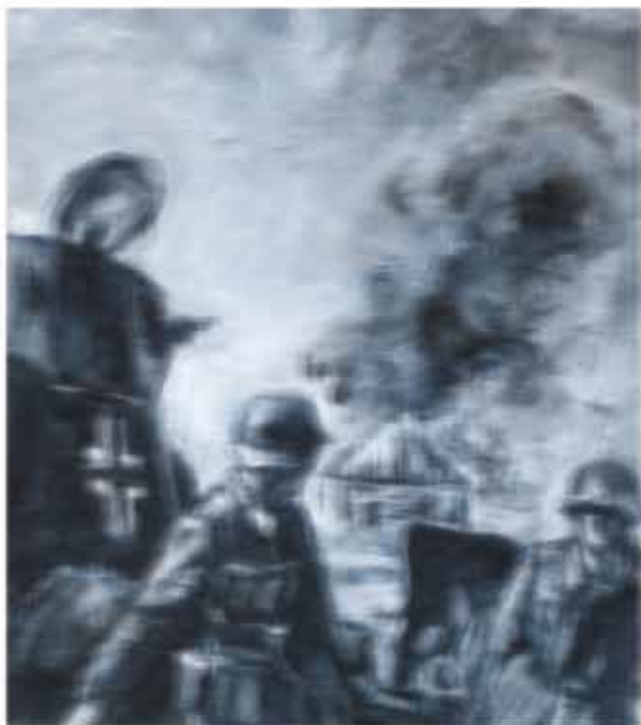


Mientras la campaña rusa fue un éxito, los conciertos se repitieron con asiduidad.

Scherzo.
Allegro molto.



Schubert nunca soñó con
escenarios tan distintos
para su genio.



Tocábamos en isbas abandonadas.



Tocábamos en campos de patatas.



Tocábamos a las orillas de los ríos.



Y siempre, indefectiblemente,
estaban allí los trece caballos.



NI UNO MÁS, NI UNO MENOS.

TRECE.



Pero un día, dice Manuel,
todo comenzó a torcerse.

¡BANG!

Los rusos apretaban.

Los rusos nos hostigaban.





Los rusos nos diezmaban.







Baumann viajó a Berlín noventa días de permiso por una herida de tibia.



Sus hombres, y los caballos, quedaron melancólicos.





Otoño de 1942: el cerco a Stalingrado
está en su apogeo. El futuro de la guerra
está en juego.







Y de pronto, a las puertas mismas del invierno,
Baumann reaparece mostrando una leve cojera...,



...pletórico de vida, feroz, franco:
un gestor de la belleza.



Por unas semanas, dice Manuel, pareció que las aguas fueran a volver a su cauce, que la compañía hipomóvil recuperaría, gracias a la contagiosa alegría de su jefe, el esplendor de días pasados.



Pero todo fue un espejismo.

El invierno, un gigante ataviado de blanco, estaba rompiendo en pedazos el corazón de los hombres.





Y el de los caballos.

A las afueras de Stalingrado hay cientos de lagos
que en la temporada de nieve se solidifican.



Uno entre muchos: el lago Nazarov. Dos mil metros
cuadrados al pie de un hermoso valle que le presta nombre.



En verano es posible nadar en él
y practicar la pesca.

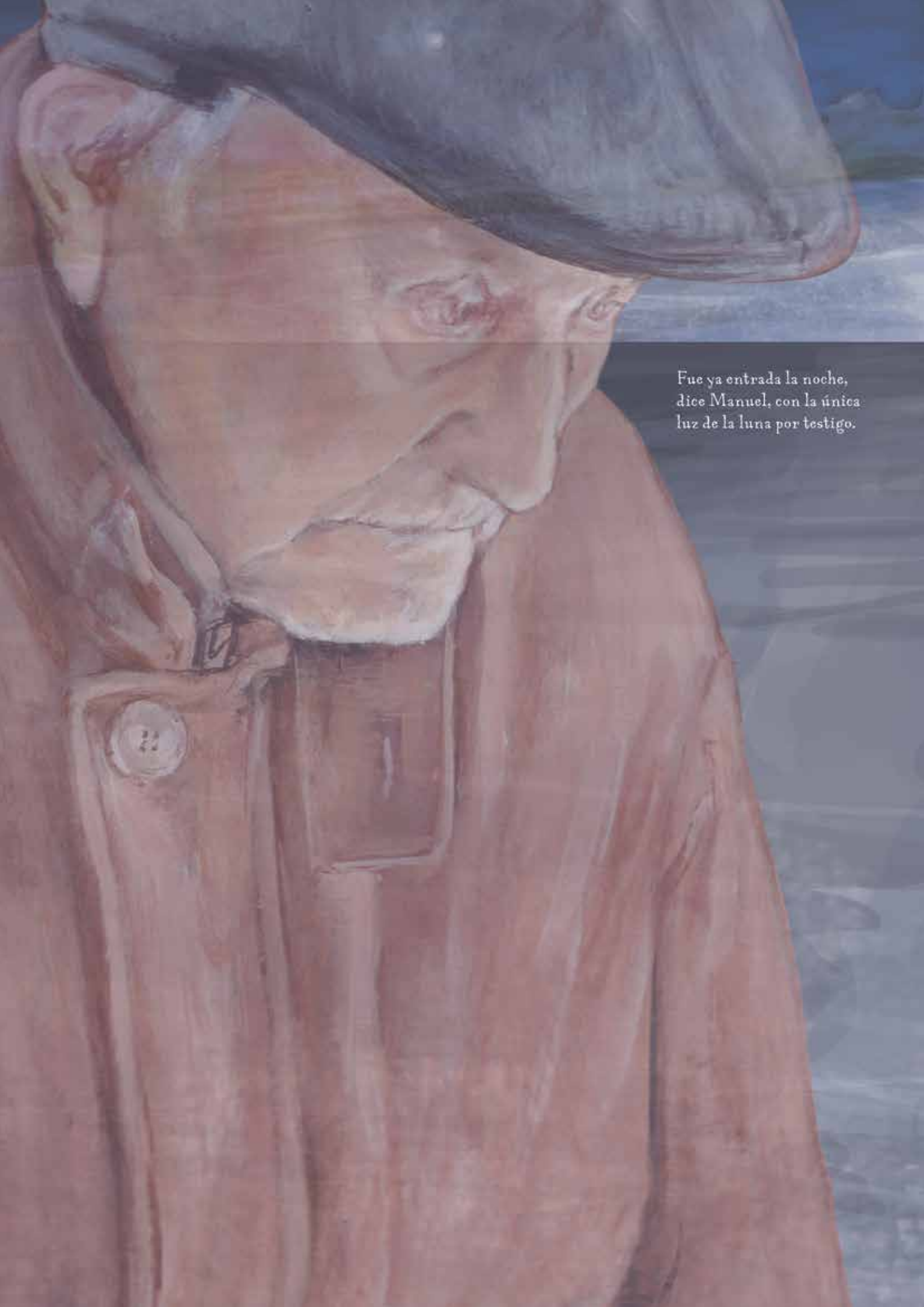


En invierno unos pocos valientes patinan y levantan muñecos.



Allí tocamos por última vez
La muerte y la doncella.





Fue ya entrada la noche,
dice Manuel, con la única
luz de la luna por testigo.



Caminamos hasta el centro del lago.





Y NOS SENTAMOS.



Allí estábamos: vistiendo nuestros impolutos uniformes de caballería, formando un círculo alrededor del cual se fueron congregando, uno a uno, los trece caballos.



NI UNO MÁS.

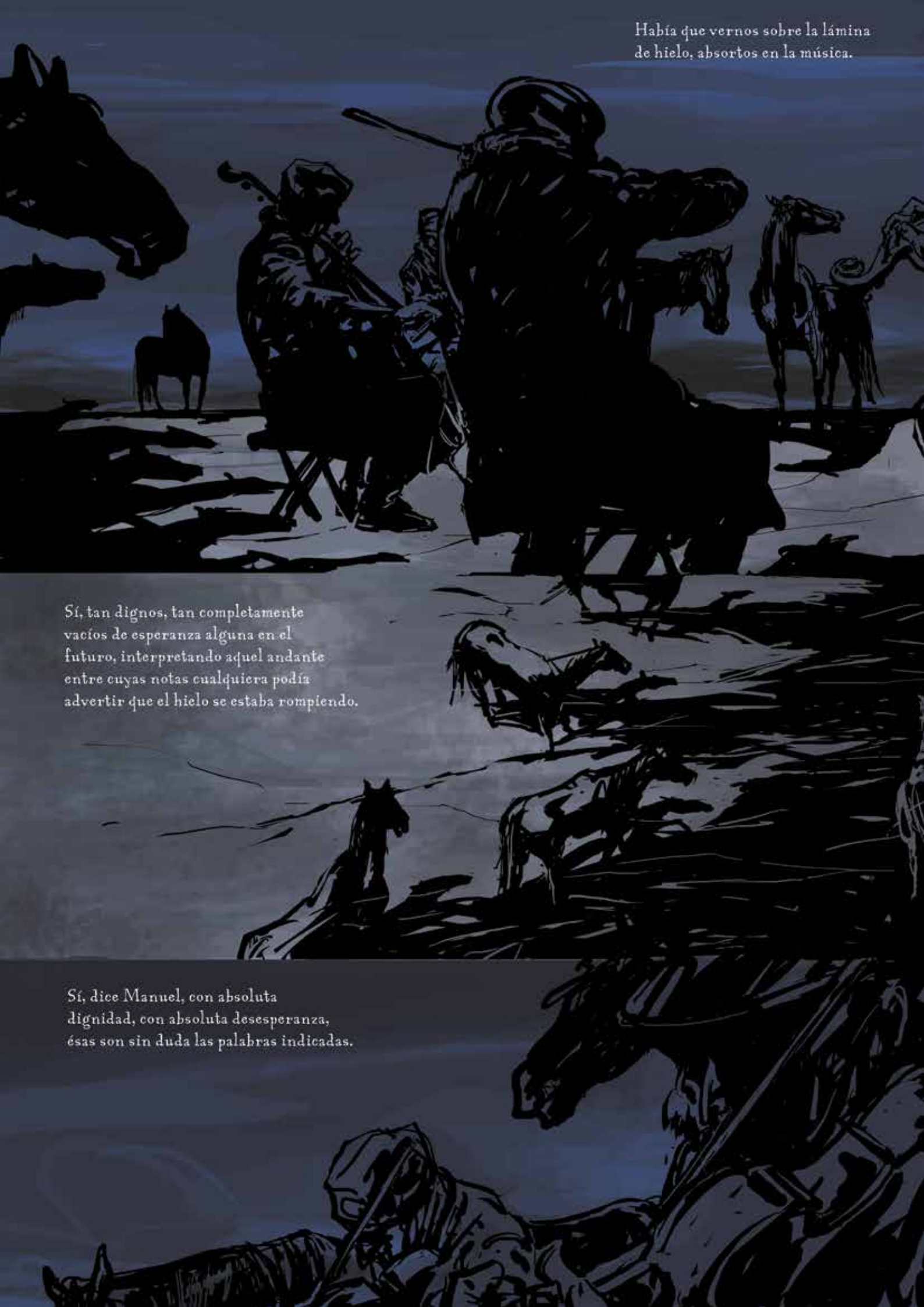
NI UNO MENOS.



Había que ver, dice Manuel, con qué
dignidad y desesperanza tocamos
aquella noche.

Conscientes, aunque al tiempo
orgullosos, de la inutilidad de
tanta belleza en medio de la
desolación.





Había que vernos sobre la lámina
de hielo, absortos en la música.

Sí, tan dignos, tan completamente
vacíos de esperanza alguna en el
futuro, interpretando aquel andante
entre cuyas notas cualquiera podía
advertir que el hielo se estaba rompiendo.

Sí, dice Manuel, con absoluta
dignidad, con absoluta desesperanza,
ésas son sin duda las palabras indicadas.

Había que vernos mientras la placa de hielo iba cediendo bajo el peso de hombres, animales e instrumentos.

Con ese ruido peculiar que el hielo produce al romperse, un ruido imposible de olvidar, como si las vértebras de un cuerpo fueran desgajándose una a una.

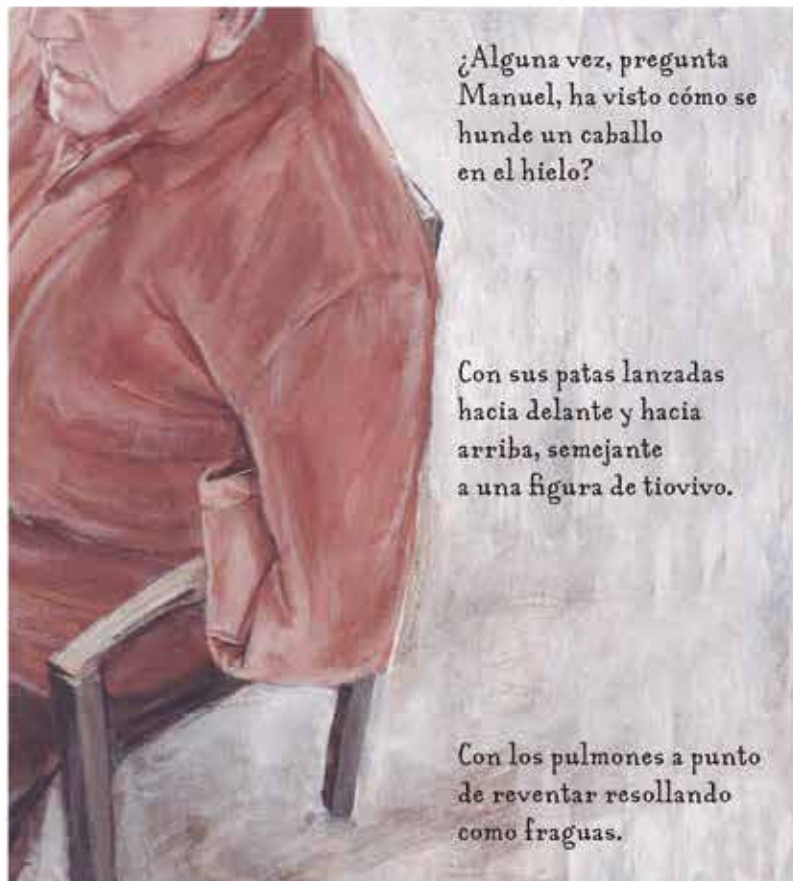
Sí, con aquel frío implacable
y el enemigo a punto de atacar
emboscado tras sus tanques.

Tras sus sacos de arpillera.

Tras su tozudez asiática.



Con el pelaje llenándose de
escarcha y los ojos, locos en el
perímetro de sus órbitas,
mirando sin ver.



¿Alguna vez, pregunta
Manuel, ha visto cómo se
hunde un caballo
en el hielo?

Con sus patas lanzadas
hacia delante y hacia
arriba, semejante
a una figura de tiovivo.

Con los pulmones a punto
de reventar resollando
como fraguas.

Y yo le respondo que no, pero
comprendo su pena sentado en esta
terrazá de verano del Madrid de
los Austrias, en la recoleta y
bulliciosa calle Preciados.

Pues me basta ver la manga vacía del chambergó.



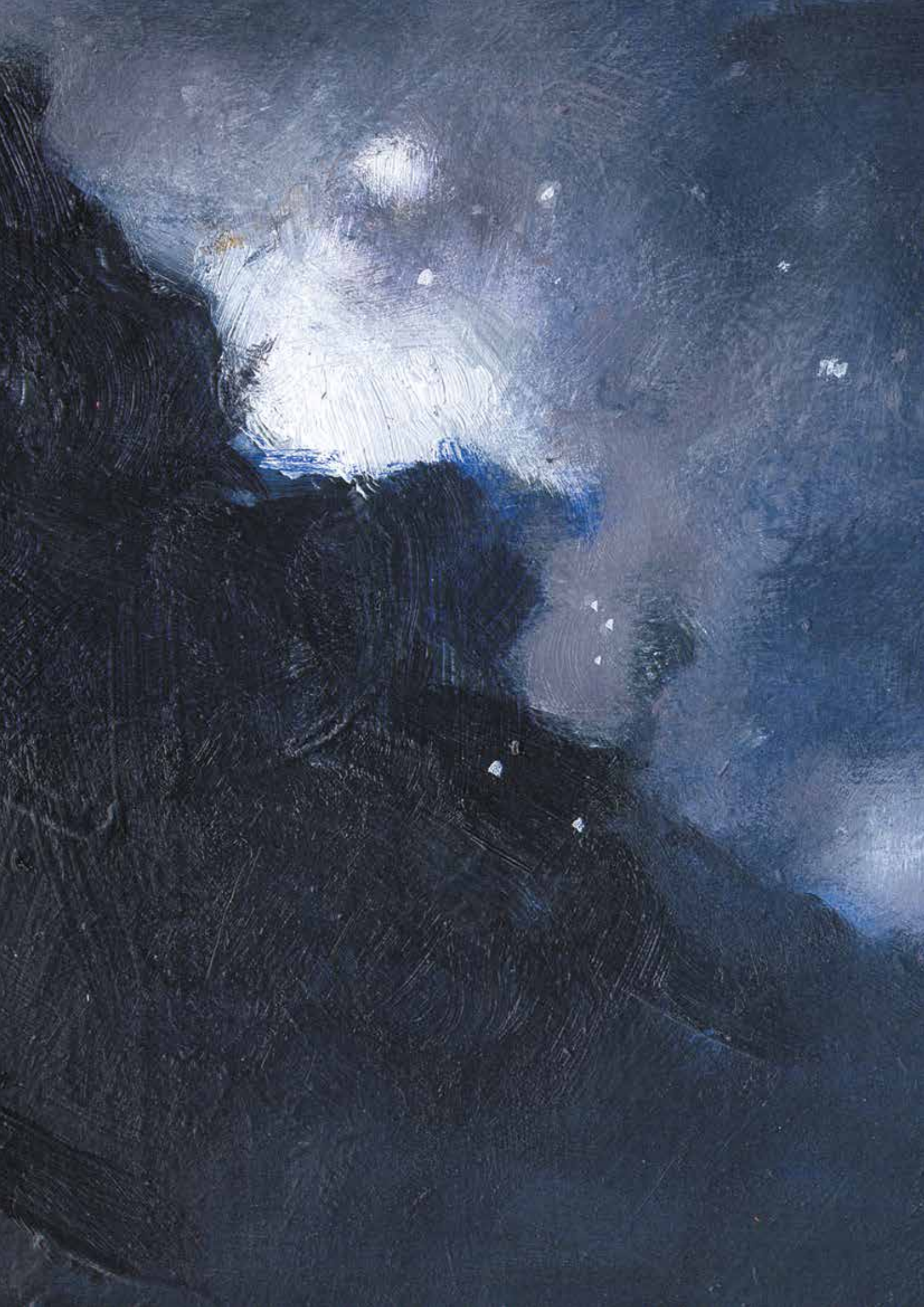
El brazo ausente con el que Manuel atacaba las cuerdas del chelo.

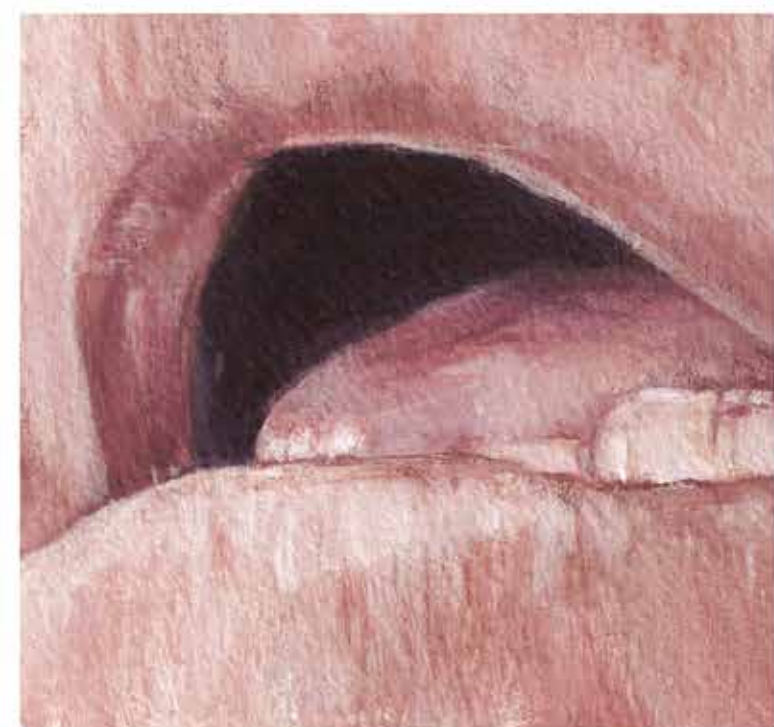


El miembro que un caballo le arrancó cuando intentaba huir abrazado a su instrumento en el preciso instante en que el cuarteto del teniente Baumann y los trece caballos de la compañía hipomóvil, oyendo el andante de *La muerte y la doncella* de Franz Schubert, desaparecían, digna y desesperanzadamente, bajo las aguas del lago Nazarov.

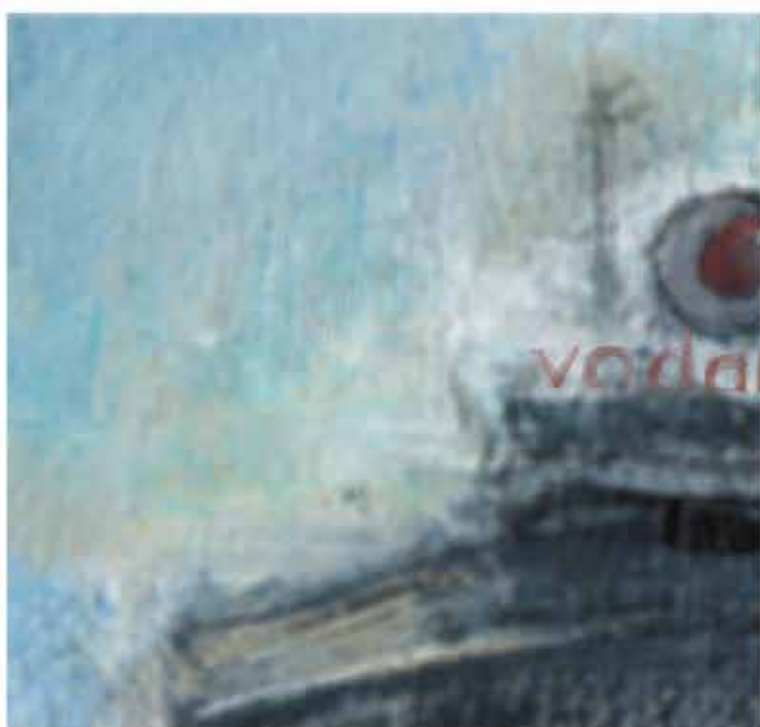












Agradecimientos para quienes, a lo largo de una década, creyeron y apoyaron en la materialización de esta obra: a Ricardo Menéndez Salmón, a los maravillosos amigos gijoneses, palentinos y charros. A Rubén Pellejero y Mercé, a todos, gracias por tanta comprensión y amistad.

A mi padre, con amor.



BIOGRAFÍA DEL AUTOR

MANUEL ANTONIO GARCÍA IGLESIAS (1967) es un dibujante de cómics, ilustrador y pintor licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Salamanca (1995-2000). Antes de la licenciatura, cursó también estudios artísticos en la Kunstgewerbeschule de Zúrich, Suiza.

Desde mediados de los años 90 ha ganado concursos de cómic de ámbito nacional.

Trasladado a Gijón desde el año 2000, allí impartió clases de dibujo y pintura durante tres años, a la par que realizaba proyectos con el guionista Enrique S. Abulí, colaboración que supuso su primer contacto profesional con el mundo del cómic.

A continuación dibuja relatos del autor portugués José Carlos Fernández (creador de *La Peor Banda del Mundo*, Astiberri), completando un álbum para su serie Black Box Stories y otro para la de Terra Incógnita. Ambos inéditos.

Su actividad artística profesional abarca incluye para la Semana Negra y sus catálogos, ilustraciones para museos temáticos de Asturias, en los que colaboró hasta el año 2016.

Premios y publicaciones de cómics:

En el 2016 participó en certámenes de novela gráfica, logrando *ex aequo* el IV Premio de Novela Gráfica Social Divina Pastora con la obra *La batalla de Esquizo* (publicado en 2019 por la editorial Nuevo Nueve). También en el 2016 fue finalista en el Premio Castela banda Deseñada, y finalista en la beca de residencia Maison des Auteurs de Angoulême 2016.

En el 2017, la editorial 21 G. destins D'Histoire edita su primer álbum en Francia, la biografía de Einstein titulada *Albert Einstein: La poésie du réel* junto al guionista Marwan Kahil. En años posteriores se editó en Italia, Estados Unidos y China.

Entre los años 2018 y 2021, realiza el dibujo de tres álbumes de cómic histórico, de 32 páginas cada uno, para la colección «Histoire de France en bande dessinée», coeditada por el periódico *Le Monde* y el grupo Hachette. Son los números: 45, *Les transformations de Paris, des travaux d'Husmann à la ville lumière 1852-1900*; el n.º 53 *De Gaulle, La Résistance et la France libre 1940 / 1944*; y el n.º 54 *Les Débarquements et la Libération 1944-1945*.

En el 2021 la consejería de Universidades, Igualdad, Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria le concede el Premio Oscar Muñiz 2021 por una obra acerca de los enlaces y los maquis en la posguerra española, titulada *Enlaces* y publicada por la editorial Ediciones Valnera en el 2022.

En el año 2023, el Ministerio de Cultura y Deporte le concede una ayuda a la creación literaria para realizar una novela gráfica que se titulará *El vuelo de un pardal*.

Su último trabajo es *Eternidad*, adaptación de un relato homónimo del escritor asturiano Ricardo Menéndez Salmón.

